



EX LIBRIS

EX LIBRIS

Diana Wang

Los niños escondidos

Del Holocausto a Buenos Aires



MAREA
EDITORIAL

INTRODUCCIÓN

LA HISTORIA OFICIAL Y LA HISTORIA REAL

La historia oficial siempre fue contada a partir de la mirada de los adultos. La historia de la Shoá¹ no escapa a esta regla. Este libro rescata la palabra “niños” porque ellos fueron los protagonistas, hasta ahora en las sombras, de aquella tragedia humana que fue el genocidio judío. Estos “niños” cuentan aquí lo que otros no pudieron. Sus voces se convierten en historias narradas por la memoria del adulto que sobrevivió y que recuperó la capacidad y la potencia de la palabra para hablar sobre lo que, décadas atrás, sufrió con impotencia.

De todos los mártires de las guerras, los niños son, desde luego, las víctimas supremas y universales. Y sus voces nos hablan aún hoy de la sinrazón más profunda de las sinrazones. Convertidos muchos de ellos en abuelos, los “niños” que esconden en su alma construyen su testimonio con recuerdos marcados a fuego, dicen lo que necesitan decir guiados por la conmoción o el impacto, sueltan lo que han guardado por años y nos abren su corazón. Vale la pena subrayarlo una vez más: aquí hablan los niños judíos que tuvieron la fortuna de sobrevivir a la locura asesina nazi y que llegaron azarosamente a Buenos Aires para empezar otra vida.

Para estos “niños” estar escondidos fue una estrategia de supervivencia. Pero han vivido ocultos demasiado tiempo. Algunos perdieron su infancia en desvanes, sótanos o granjas, y se hicieron invisibles mientras transcurría la guerra y después de ella. Otros vivieron escondidos detrás de nombres falsos, protegidos por la humanidad de otras familias, visibles pero sin su identidad. Fueron pocos los que pudieron permanecer junto a sus padres. Algunos de ellos volvieron a vivir con sus familias pasado el infierno, otros jamás las recuperaron y continuaron sumergidos en su exilio argentino.

¹ La palabra hebrea shoá significa devastación, suceso catastrófico. Hay consenso académico en usarla para referirse al asesinato de seis millones de judíos en Europa en los territorios ocupados por los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. La palabra holocausto, aunque menos adecuada porque implica ideas de sacrificios, ritos de purificación por el fuego y castigos divinos, ha sido tan ampliamente difundida que se ha impuesto. Ambos términos se usan hoy indistintamente. El fenómeno aludido es, sin embargo, tan inédito que incluso la palabra shoá sigue siendo incompleta, insuficiente: una shoá es una catástrofe natural, mientras que el asesinato sistemático que los nazis infringieron al pueblo judío no fue un hecho de la Naturaleza sino algo realizado por seres humanos. Algo para lo que no existe todavía una palabra adecuada.

Para todos ellos, la guerra es una marca que los acompañará mientras vivan. Es esa marca la que los hace universales, porque muchas de las cosas que pasaron, y que hoy pueden convertir en verbo, son similares a las que vivieron, viven y vivirán aún muchos niños inmersos en el arbitrario, injusto y cruel mundo de las guerras.

LOS NIÑOS COMO OBJETO DE ANIQUILACIÓN

La palabra “moisés” se utiliza como un sustantivo común y se escribe con minúscula. Pero su origen se remonta al relato bíblico de Moisés, el patriarca del pueblo judío, el guía que lo llevó de la esclavitud a la libertad, desde Egipto hasta Israel, el hombre que rescató a su pueblo de la idolatría al entregarle las Tablas de la Ley, los Diez Mandamientos, aún hoy la legislación básica para la convivencia entre los humanos.

El Faraón había recibido una profecía –igual que muchos años después Herodes– que anunciaba el nacimiento de un judío que cambiaría el rumbo de la Historia desde el preciso momento en que se rebelara contra su poder. El Faraón, entonces, decretó la muerte de todos los recién nacidos judíos varones, como también haría Herodes. Cuenta el mito que la madre, Iojevet, y la hermana de Moisés lo escondieron en una canastita y lo abandonaron sobre las aguas del Nilo con la esperanza de que alguien se apiadara de él. Quien lo hizo resultó ser la hija del Faraón que un día, paseando cerca del río, alcanzó a escuchar el llanto de un bebé. Lo rescató de las aguas² y lo educó como un príncipe egipcio. Esta es la historia que reeditamos –aunque no lo sepamos– cada vez que amorosamente preparamos ese canastito con telas primorosas y suaves para un recién nacido, es la expresión de nuestra esperanza de que, a pesar de los peligros de la vida y del mundo, este bebé vivirá, se desarrollará y llegará a ser adulto. El moisés resume y expresa la intención de protegerlo, de cuidarlo, de aislarlo del peligro, de tenerlo abrigado y aireado. A salvo.

Hay en la historia bíblica de Moisés muchos aspectos que identificamos en los “niños” escondidos. Todos ellos, como se verá, fueron rescatados de una muerte segura, tocados por un milagro inesperado. El nazismo, este nuevo Faraón, este nuevo Herodes, decidido a eliminar a los judíos de la faz de la Tierra (Europa era tan solo el primer paso, el Plan Maestro era la conquista del mundo), decretó la aniquilación de los niños como objetivo central. Aunque no es este un libro que cuente la historia del nazismo, ni de la Shoá, ni de la insensatez de cualquier guerra, es tal el absurdo y el horror de la formulación precedente –me refiero a “la aniquilación de los niños”– que es indispensable una mínima información contextual.

² Moisés quiere decir “el rescatado de las aguas”.

LAS DOS GUERRAS DE LOS NAZIS

Los nazis emprendieron dos guerras bien diferenciadas, dos guerras que en algún momento hasta llegaron a competir entre sí. Una, la que conocemos como la Segunda Guerra Mundial, los enfrentó entre el 1º de septiembre de 1939 y el 8 de mayo de 1945, unidos a Italia y Japón, a los gobiernos aliados de Inglaterra, la Unión Soviética y los Estados Unidos, que se sumaron al conflicto después del ataque a Pearl Harbour en 1941. Fue la guerra “tradicional”, es decir, con pactos políticos, conquistas de territorios, batallas, prisioneros, bombardeos, estrategias, espionajes, muertos y heridos, victorias y fracasos. Se estima que murieron en su transcurso cerca de 50 millones de personas.

La otra fue la guerra contra los judíos. Emprendida contra un pueblo sin armas ni territorio ni posesiones valiosas, un pueblo definido como enemigo interno, “elemento contaminante” de la “pureza racial” que debía ser destruido de raíz. La guerra contra los judíos comenzó seis años antes de la declaración de la Segunda Guerra Mundial. Coincidió con el ascenso de Adolf Hitler al poder en Alemania, en 1933, y duró hasta el fin de las operaciones bélicas en mayo de 1945. Incluyó a casi todo el territorio de Europa. Esta guerra no pretendía, como cualquier guerra convencional, la conquista de territorio, la conversión ideológica o religiosa, la rapiña económica, algún tipo de ventaja tecnológica, geopolítica o de otro tipo. No proclamaba razones religiosas ni buscaba reivindicaciones o venganzas por hechos sucedidos en el pasado. Fue una guerra cuya única pretensión era la desaparición de un grupo humano.

El odio a los judíos, conocido como judeofobia, ha sido parte de la identidad europea cristiana. Adoptó un nombre pretendidamente científico y más respetable cuando pasó a llamarse antisemitismo, concepto acuñado en la segunda mitad del siglo XIX. Durante el régimen nazi, las teorías antisemitas fueron profusamente difundidas; muchos las tomaron por ciertas y muchos otros, sumidos en el sistema de terror, delaciones y control estatal, temieron expresar a viva voz su oposición. El delirio fue imparable y de él fueron cómplices voluntarios o involuntarios gran parte de los pueblos tanto de la Europa “cultura” como de la Europa “ignorante”. Europa se sumó, por acción u omisión, a la persecución, delación y asesinato masivo e indiscriminado de todos los judíos, en especial de los niños.

LAS CATEGORÍAS “RACIALES”

La ideología nazi se centró en el concepto de raza y en la utopía que supuso cierta reingeniería social, la construcción de una sociedad perfecta habitada por seres superiores. En la cima de esta supuesta perfección se ubicaban los miembros de la “raza aria”. Tanto el concepto de

“raza” como el de “ario” carecen de sustento científico y forman parte del gran fraude difundido por el nazismo. Por ejemplo, la palabra ario proviene de la lingüística. Existen lenguas arias, de raíz indo-europea, y lenguas semitas (hebreo, árabe, arameo) pero no existe una estructura aria o semítica aplicable a la biología y menos a la genética. Los nazis trasladaron por arte de magia el concepto del campo de la lingüística al de la biología. Así lo ario y lo semita se transformaron en elementos supuestamente presentes en los genes y, en consecuencia, hereditarios e inmodificables.

En esta transpolación de una disciplina a otra, lo ario y lo semita fueron investidos de un aditamento nuevo: una jerarquía y un valor. Pensado desde la biología y la intención de “mejorar la raza”, la “raza aria” era definida como superior mientras que la “raza semita” era inferior. Se entendía “semita” como judío, en consecuencia “antisemitismo”, en vez de oposición a los idiomas semitas como lo indica su etimología, se entiende en realidad como odio a los judíos. El “antisemitismo” brindó un soporte “científico” al viejo odio conocido que, si bien no se ocultaba, solía ser a menudo disfrazado o expresado indirectamente. Muchos se tranquilizaron porque se “comprobaba” finalmente que lo que habían sospechado por siglos era verdad: los judíos eran la fuente de todas las desgracias y una lacra que había que erradicar del mundo. No era la religión lo que los definía, era la biología, el mal nacía con ellos, había que matarlos, exterminarlos para que el mal desapareciera por completo. El color del cabello, de los ojos, las formas de las narices y orejas que seguían patrones dibujados por campañas gráficas profusas y basadas en las imágenes judeófobas medievales, construyeron el “aspecto” que identificaría inequívocamente a un judío.

Los judíos, con todo, no eran los únicos destinados a desaparecer. Fueron solo los primeros. La sociedad imaginada por los nazis tenía una estructura “racial” particular. La supremacía la ocupaba la llamada “raza aria”. Un pequeño peldaño más abajo, estaba la “raza nórdica”. Después venían, más lejos, los “latinos”, luego los “eslavos” y, más abajo, los gitanos, los homosexuales, los discapacitados físicos y mentales y los que tenían la piel de un color que no fuese blanco: los amarillos, los rojos, los marrones y los negros. En algún lugar por allí ubicaban a los Testigos de Jehová, los masones, los comunistas y a cualquier opositor político. Todos ellos tenían características genéticas que los hacían inmodificables, lo que, como se advierte a simple vista, no resiste el menor análisis. Y en la base de la escala humana, ubicados ya en la categoría de “no-raza” o “anti-raza”, estaban los “semitas”, o sea, los judíos. Los judíos eran descritos como la encarnación del mal, lo diabólico, lo siniestro, seres disfrazados de humanos pero con una malignidad esencial e inmodificable, asentada en la sangre, en los genes, por lo cual era indispensable la limpieza étnica radical. Arrancar de raíz significa eliminar la maleza no bien empieza a crecer, la consigna es no dejar que invada el terreno. Erradicar

es impedir la vida, el crecimiento y la reproducción. Erradicar quiere decir, fundamental y básicamente, matar a los niños.

Justo es reconocer que los judíos no fueron el único objetivo, aunque fue el único grupo taxativo, el único grupo en el que todos los miembros debían morir, sin atenuantes posibles. Los otros grupos eran “razas inferiores” y en muchos casos dependía de situaciones locales o de ciertas circunstancias el que se los asesinara o no. Los judíos fueron designados como “El” enemigo interno que había que extraer, el cáncer, el mal, cuyo único posible tratamiento era la extirpación quirúrgica. Los nazis sostuvieron esta posición en las teorías de Charles Darwin, en especial el concepto de la supervivencia del más apto.³

Ambas guerras –la “clásica” contra los Aliados y la “otra” contra los judíos– tuvieron para el nazismo importancia pareja, aunque la segunda fue preponderante en algunos momentos. Por ejemplo, cuando los frentes de batalla mostraban que la guerra estaba siendo perdida, los nazis siguieron usando los trenes para llevar a los judíos a la muerte en vez de transportar tropas, armamentos o hacer lo necesario para apoyar a sus ejércitos. La guerra contra los judíos era, obviamente, una prioridad del Reich. Por caso, el exterminio de los judíos de Hungría se decidió en 1944. Mientras el Ejército Rojo estaba comenzando a liberar los territorios del Este, los trenes seguían llevando cientos de miles de húngaros a las cámaras de gas y luego a los crematorios de Auschwitz. Aunque se perdiera la guerra contra los Aliados, aunque el sueño del Reich de los mil años y de la conquista del planeta –hoy Alemania, mañana el mundo– fuera un fracaso, los nazis se propusieron matar judíos hasta el último minuto.

LA GUERRA CONTRA LOS NIÑOS

En la guerra contra los judíos un punto central era el exterminio de los niños. Consiguieron eliminar a un millón y medio de ellos. Del estimado total de judíos que vivía en Europa, sobrevivió alrededor del 15 por ciento de adultos pero solo el 7 por ciento de los niños, menos de la mitad.

³ La idea de Darwin de la supervivencia del más apto se tergiversó como que los “mejores” mataban a los más “débiles”. Este concepto se conoce como “darwinismo social” y justifica el asesinato como un fenómeno natural decidido por constructores de sociedades pretendidamente perfectas. El enunciado de Darwin, por el contrario, se entiende dentro de su Teoría General de la Evolución de las Especies y contempla un larguísimo plazo para su realización, cientos de generaciones. Afirma que los individuos más aptos para sobrevivir son los que tendrán más hijos y, a lo largo de las generaciones, estos hijos engendrarán a su vez más hijos, por lo cual, al cabo de miles de años, sobrevivirán los descendientes de estos y los otros, los menos aptos, irán mermando generación tras generación hasta desaparecer. El proceso de selección natural (curioso como los nazis retomaron esa palabra para decidir quién viviría y quién moriría en el ingreso a los campos de concentración y exterminio) lejos de ser una matanza cruel de los débiles y enfermos, es un lento devenir por el que los más aptos, simplemente, tienen más hijos.

Apenas se salvaron alrededor de 100 mil niños judíos en toda Europa, la mayoría en situaciones muy difíciles que marcaron sus vidas para siempre. La desintegración del núcleo familiar, la imposibilidad de los padres de dar de comer a sus hijos y protegerlos determinó la muerte de la mayoría ante la mirada impotente de sus seres queridos. Fueron niños que vivieron su corta vida sin jugar, sin ir a un parque, sin conocer la libertad, sin ir a la escuela. Para resumir su experiencia, aquellos que sobrevivieron suelen decir “me robaron la infancia”.

Igual que sucedía con los adultos, llevar a la práctica una matanza masiva de esas características no era sencillo. A los adultos se los agrupaba, se los arreaba, se los usaba para el trabajo esclavo. Como los niños no podían trabajar, eran considerados inútiles: se los mataba no bien llegaban a los campos y eran las primeras víctimas de las cacerías y redadas.

La infancia es el período de la vida de mayor indefensión de los humanos. No nos podemos trasladar ni defender de los peligros que nos circundan, no nos podemos alimentar, higienizar, vestir, hacer herramientas ni usarlas por nosotros mismos. Alcanzar la autonomía necesaria para sobrevivir por nuestra propia cuenta lleva muchos años. Los niños aprenden a confiar en los adultos, a respetarlos, a obedecerlos, a entregarse a sus cuidados y a repetir sus conductas en el cuidado de sus propios hijos.

En la Shoá, los niños vieron sacudida su relación con el mundo adulto de manera inédita. Debieron revisar y cambiar dramáticamente lo que habían aprendido a esperar. En lugar de protección y confianza, aprendieron a desconfiar, a callar, a mentir y a distinguir con claridad a los adultos fiables de los peligrosos.

Dice Abraham Foxman, presidente de la Anti Defamation League, “niño” polaco salvado por una mujer católica que lo protegió y cuidó: “La culpa nos sigue acosando así como el dolor de haber perdido a seres queridos, nuestra rabia, nuestra incapacidad de hablar de estas experiencias con nuestras familias, nuestras crisis de identidad y nuestras infancias confusas, temerosas y perdidas. Tenemos muchas preguntas nacidas del miedo y la culpa. ¿Quiénes somos nosotros comparados con aquellos que enfrentaron el horror más impronunciable en los campos de la muerte? ¿Era realmente peligroso si revelábamos nuestra identidad judía? ¿Puede alguien que no haya pasado lo que nosotros comprendernos? Aprendimos la importancia de que otra gente nos escuche para que puedan conocer el Holocausto desde el punto de vista de los vivos además del de los seis millones muertos. En nuestro silencio, con pudor o vergüenza de hablar de nuestros pasados, ¡hemos seguido escondidos!”.⁴

En general, los judíos recibieron poca ayuda de sus vecinos, pero los niños que han sobrevivido no podrían haberlo hecho sin su solidaridad

⁴ Jane Marks: *The Hidden Children. The Secret Survivors of the Holocaust*, Nueva York, Fawcett Columbine, 1993. La traducción es mía.

así como la de los movimientos de la Resistencia. En cada lugar la posibilidad de salvarse fue diferente debido a la cantidad de judíos, el grado de antisemitismo que definía el grado de asimilación y la política nazi que no fue igual en los distintos países de ocupación.⁵

Algunos perdieron a sus padres para siempre. Otros sufrieron dos desgarramientos: el primero al ser separados de sus padres biológicos, el segundo, al ser separados de sus padres adoptivos. Los que no fueron reclamados, no saben ni siquiera quiénes han sido sus padres biológicos.

La memoria que mantienen los “niños” escondidos que llegaron a Buenos Aires es disímil. Los mayores recuerdan circunstancias con bastante precisión. En cambio, los más pequeños no recuerdan nada y la necesidad de recuperar esa memoria perdida se convierte en un azote que los persigue sin descanso.

Los temas comunes que los acosan son la separación de la familia de origen, la posterior separación de la familia salvadora, la identidad fraguada (la religión, la nueva historia familiar, las costumbres, el idioma, a veces el sexo), el silencio, la pérdida de la infancia en los más grandes, la doble vida. La condición indispensable de la supervivencia fue la imposibilidad de expresar sentimientos o pensamientos, ser lo más invisible posible. Todos ellos conviven con distintos grados de silencio y el mandato de callar para sobrevivir.

LOS “NIÑOS”, ¿SOBREVIVIENTES ILEGÍTIMOS?

Sobre los “niños” pesan varios “atenuantes” que han deslegitimado por años su derecho a considerarse sobrevivientes, a penar por lo perdido y a lamentarse por no recordar.

Reprimieron su añoranza por recuerdos como un mal menor frente al milagro de haber sobrevivido. ¿Qué importa no haber tenido juguetes o no recordar frente al millón y medio de niños aniquilado? Pero recordar es crucial, forma parte del dibujo que todos tenemos de quiénes somos, de cómo llegamos a tener ciertas características, gustos o disgustos.

⁵ Algunos datos comparativos revelan la diferencia en la posibilidad de supervivencia según el país de origen:

Polonia. De una población total de 3.300.000 judíos, sobrevivió el 10 por ciento. La mayoría fue a Rusia, algunos a Palestina y Suecia, unos pocos sobrevivieron escondidos. De un millón de niños, se salvó el 0,5 por ciento, 5 mil, veinte veces menos que los adultos. Este fue el lugar donde fue más difícil la salvación. Un decreto nazi del 15 de octubre de 1941 instituyó la pena de muerte a quien protegiera a un judío.

Holanda. De un total de 140 mil judíos, sobrevivió el 25 por ciento, 35 mil, de los cuales el 10 por ciento eran niños, 3.500, la mayoría de ellos, huérfanos.

Bélgica. Sobre 65 mil judíos, sobrevivió el 40 por ciento, 26 mil personas, de las cuales 10 mil eran chicos, casi un tercio.

Francia. De 350 mil judíos, sobrevivió el 74 por ciento. De entre ellos, entre 5 y 15 mil eran niños.

Hélène⁶ supone que recibía en su comida habitual un tubérculo llamado *topinambour*, un alimento de gusto desagradable que hoy se usa para alimentar a los cerdos; lo supone porque toda su vida, cuando se sentía mal, angustiada u oprimida por algo, le subía ese gusto a la garganta. No sabe si su suposición es correcta. Saberlo probablemente no cambiaría nada, pero conocer el origen permite reconstruir esos fragmentos del rompecabezas que los “niños” siguen teniendo desarmado porque no hay quién les cuente qué pasó, cómo eran, cuáles fueron sus costumbres, a qué jugaban, a qué le temían. Recordar o escuchar de nuestros padres estos relatos de nosotros mismos nos permite hacernos la ilusión de que cierta lógica guía nuestras conductas. Los “niños” que no recuerdan no tienen forma de tener siquiera esta ilusión. Tampoco la sensación de que su experiencia merecía ser contada.

Los “niños” no sienten propia la denominación de sobrevivientes. A diferencia de los sobrevivientes mayores, muchos de ellos fueron protegidos, cuidados por otras personas que les permitieron asumir los años de la guerra dentro de cierta “normalidad” mientras la situación lo permitía. Durante muchos años se consideró sobrevivientes solo a quienes pasaron por los campos de exterminio, idea que es sostenida también en la actualidad. Es lo que nosotros llamamos aquí la “definición restringida”. Un concepto que se fue ampliando a medida que los sobrevivientes resolvieron hablar y exponerse, y que hoy alcanza a quienes estuvieron en campos de trabajo, en guetos, escondidos en bosques, los que participaron en sabotajes, correos, quienes asumieron una identidad falsa, los que lograron huir. Algunos consideran que también deben ser tomados como sobrevivientes los que huyeron de Europa cuando la tragedia estaba empezando, entre 1933 y 1939. Todos forman parte de la “definición ampliada” de qué es un sobreviviente. Los “niños” fueron los últimos en recibir la “visa” para ingresar a esta categoría y muchos tienen dificultad para reconocerse como tales.

También opera sobre esta sensación de “deslegitimación”, compartida esta vez con el resto de los sobrevivientes, la culpa por haber sobrevivido en una inversión causal dolorosa. El milagro de haber sobrevivido en aquellas condiciones, a todas luces un imposible, se convierte en algo casi vergonzoso, difícil de contar, algo que es preferible ocultar. Como si el haber sobrevivido confiriera alguna responsabilidad al sobreviviente en la muerte de los otros. La supervivencia de unos denota, sin que ellos lo quieran, la muerte de los demás. Es una sensación difícil de soportar. No todos los “niños” la tienen. En apariencia, cuanto más chico haya sido, más lejos está de sentirla. Casi ninguno ellos fue responsable de su propia salvación. Tocados por una especie de varita mágica o un ángel tan bondadoso como misterioso, la pregunta de por qué fueron ellos los salvados y no los demás los acompañará siempre.

⁶ Tomado de *Aquellos niños*, film testimonial de Bernardo Kononovich.

ESTOS “NIÑOS”

Estos “niños” son ahora personas de entre 63 y 80 años que narran su infancia en Europa, sus experiencias en la guerra entre los años 1939 y 1945 y su llegada, por distintas circunstancias, a la Argentina. Consideré “niño” a quien tenía entre 0 y 16 años en el momento del cambio dramático debido a la ocupación nazi. Es obvio: las experiencias guardan diferencias muy importantes según sea la edad del protagonista. Por eso, antes de cada testimonio, consignamos la edad que se corresponde con el momento que el testigo relata.

Debemos tener presente, por otra parte, cómo era el mundo y la vida en las décadas del 30 y del 40 para entender cómo era tener, por ejemplo, cinco, nueve o doce años por entonces. A comienzos del siglo XXI, la infancia se expresa de diferente manera. Nuestros niños de hoy no son iguales a aquellos. Hace setenta años no solo el mundo era diferente y la información mucho más precaria sino, y fundamentalmente, el concepto de infancia era otro. Los niños no recibían la consideración especialísima que obtienen en la actualidad. Se los atendía, se les daba de comer, se los abrigaba, pero en general no eran interlocutores de los adultos, no se acordaban decisiones con ellos. En la mesa solo hablaban los grandes. Los niños debían respeto a los adultos por definición. El trato era, en cierta manera, distante y formal. Los niños constituidos en este contexto eran, consecuentemente, más “infantiles”; es decir, ingenuos, crédulos, inocentes. Se los preservaba de los aspectos duros de la vida. Tenían, por lo tanto, menos defensas, menos argumentos, menos modelos asimilados para entender y encontrar recursos para el dramático cambio que se cerniría en sus vidas. No eran menos inteligentes o despiertos que los de hoy, solo estaban más alejados del mundo real, un mundo sustraído por los adultos para su protección. Estos niños, congelados en las fotos viejas que contiene este libro, son los que incluyeron en sus nuevas vidas “normales” la mentira, el ocultamiento, el robo, el soborno y, lo que es mucho más grave, la destrucción de la fe en el mundo adulto.

Estos treinta “niños” forman parte del grupo Niños de la Shoá en la Argentina, que funciona desde 1997. Sus miembros representan apenas una pequeña proporción de los “niños” escondidos que existen.

Los relatos fueron tomados de entrevistas realizadas a fines de 2003 y de algunos textos escritos por ellos mismos y que me facilitaron con enorme generosidad. El libro de Ana Baron (Anushka), *Todavía me pregunto por qué*; el de Mira Kniazew de Stupnik, *Quo vadis mundo*, aún inédito; y los textos de Abraham Cukierman, Claudia Piperno y Zosia Klawir.

El testimonio de estas treinta personas, ocho hombres y 22 mujeres, cubre distintos aspectos de la vida judía en Europa y de las diversas formas de supervivencia durante la Shoá. Diferentes países y variadas condiciones socio-culturales y familiares, disímiles edades y experiencias,

todos ofrecen un panorama rico, múltiple, amplio y heterogéneo.

Cabe la pregunta de por qué las mujeres triplican a los hombres. Ser mujer o ser hombre no hacía diferencias a la hora de ser asesinados. Los judíos habían sido sentenciados sin distinciones sexuales. Tampoco corresponde pensar en grados de sufrimiento diferentes para hombres o para mujeres. Podemos apuntar, sí, una única diferencia: los varones judíos estaban generalmente circuncidados, con lo cual portaban una marca en el cuerpo que hacía más difícil ocultarlos bajo una identidad cristiana. Algunos “niños” debieron pasar a causa de ello toda la guerra disfrazados de niñas para evitar ser descubiertos.

Los “niños” son los protagonistas excluyentes de este libro que respira a través de sus relatos. Las referencias históricas o geográficas servirán para contextualizar y entender mejor sus experiencias. Si bien las historias se combinan en cada capítulo para pintar con distintos tonos un mismo momento, el lector podrá elegir seguir la historia particular de cualquiera de los treinta sobrevivientes utilizando la hoja de ruta de la página 255. También podemos conocerlos a través de sus fotos y documentos reunidos en el álbum de los “niños”.

LOS QUE SIGUEN ESCONDIDOS

La guerra terminó con la firma del armisticio del 8 de mayo de 1945. Pero para algunos “niños” el fin del conflicto no fue un alivio ni permitió que dejaran de llevar la pesada mochila del ocultamiento. Hay “niños” que siguen escondidos. Algunos lo saben y otros todavía no.

Las aquí llamadas Etel y Cris Marie aceptaron brindar su testimonio a condición de no develar sus nombres verdaderos. Etel, para evitar que sus hijos conozcan algunos aspectos dolorosos de su relación con sus padres; Cris Marie, por la dificultad de compartir con sus hijos frontalmente el origen judío de su familia.

Hay también “niños” de la Shoá a los que no es posible entrevistar. Son los que hoy, sesenta años después, ignoran que lo son. Al igual que en la Argentina, donde la apropiación de bebés formó parte de una política de Estado en la dictadura militar de 1976-1983, sufrieron la sustracción y no restitución a su legítima identidad. Muchos de estos “niños” no saben probablemente que están siendo buscados por sus familias biológicas, porque no saben que no son hijos de quienes creen serlo. Habrá que esperar a que alguna chispa de duda, algún titubeo extraño, una sombra les despierte la necesidad de investigarse.

Eso está sucediendo en Polonia en los últimos diez años. Cientos de personas de más de sesenta años acuden a instituciones judías buscando información cuando tienen la sospecha de no ser quienes han creído que eran. Hay sitios en Internet que presentan fotos de bebés con textos que dicen cosas como esta: “Probablemente nací en 1938, cerca de Lublin, tal

vez mi madre se llamaba Luba”. La gran mayoría, una mayoría sin número, sigue escondida. Escondida del mundo y de sí misma.

Algunos de los “niños” que aquí nos cuentan sus casos han sido restituidos a sus familias, otros hicieron su vida por un camino diferente.

Mi hermanito Zenus es de este grupo de niños nunca recobrados pero siempre añorados.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
La historia oficial y la historia real	
Los niños como objeto de aniquilación	10
Las dos guerras de los nazis.....	11
Las categorías “raciales”	11
La guerra contra los niños	13
Los “niños”, ¿sobrevivientes ilegítimos?	15
Estos “niños”	17
Los que siguen escondidos	18
CAPÍTULO 1	21
La vida antes de la guerra	
CAPÍTULO 2	47
El fin del mundo conocido	
POLONIA	47
Varsovia	47
Lublin.....	50
Lodz	50
Lwow	52
Bialystok.....	53
EL OCCIDENTE DE EUROPA	56
Holanda	56
Bélgica.....	57
Francia	59
LOS BALKANES	63
Rumania.....	63
Yugoslavia	63
Hungría	65

CAPÍTULO 3	67
En el gueto	
El gueto de Varsovia	67
El gueto de Lodz	73
Los guetos de Rumania.....	77
El gueto de Lwow	80
El gueto de Lublin.....	81
El gueto de Pruzana	82
El gueto de Bialystok	84
CAPÍTULO 4	91
Los campos de concentración	
CAPÍTULO 5	111
Huidas	
CAPÍTULO 6	131
Los salvadores judíos	
Salvados por sus padres	132
Judíos solidarios.....	135
CAPÍTULO 7	139
Los salvadores cristianos	
Salvadores, justos entre las naciones	140
Diplomáticos heroicos	149
Comportamientos humanitarios de católicos	151
CAPÍTULO 8	165
Liberaciones	
CAPÍTULO 9	183
Los “niños” en la Argentina	
Los años de silencio.....	184
La dictadura militar	185
La salida a la luz	186

EPÍLOGO	225
Las piedras en el zapato	
La memoria.....	225
La restitución.....	229
Lo que pensaban	232
La identidad	234
Los sueños, las manías, los temores	239
¿Cómo es que me salvé?	241
La eterna pregunta sobre Dios.....	243
APÉNDICE	247
Una entrevista que no pudo ser	
Agradecimientos	253
Hoja de ruta	255
Europa en 1940	256
Cronología	259
Bibliografía consultada	265